

Ocio versus ocio creativo

Como de costumbre, ese viernes en la tarde de **1973** teníamos clase de Presentación de la Arquitectura con Alberto, quien además era nuestro profesor de taller. Corriendo alcancé a llegar a la hora. Desde el zaguán se oía un cierto aire de risas, que provenían de nuestra sala, y me uní al aire festivo reinante. De pronto alguien advirtió que llevábamos casi una hora en plan de espera. Otro propuso hacer una lista, firmarla y dejarla en secretaría con la Bertita e irnos. Nada costó ponernos de acuerdo.

Saliendo, ante la puerta de fierro de Matta 12, nos encontramos cara a cara con Alberto. «¿Para dónde van?». Con solo un gesto nos vimos sentados en la sala 25 y en total silencio. Entró, cerró la puerta, y con la tiza ante el pizarrón dibujó y escribió. Lo pobló de observaciones de plazas miradores.

¿En qué estaba usted? ¿Y usted? Y así a cada uno le fue preguntando. Éramos menos de diez alumnos. ¿Qué hicieron en mi ausencia? Ustedes saben que estaba trabajando aquí en la casa de Matta 50. Ante tal silencio, recorría de un extremo a otro la sala, haciendo gestos y hablando para sí. Se detuvo: «Durante la crisis de 1929, en Chile, las oficinas de arquitectos no tenían trabajo. Los arquitectos jugaban al ajedrez o a las cartas. Nadie estudiaba ni dibujaba proyectos, ni pensaban planes para la ciudad. Ustedes están en lo mismo. Nada hemos cambiado, siendo que hemos fundado esta Escuela de Arquitectura oyendo a la poesía, para formar profesionales junto con señalar el camino del oficio de arquitecto, que se abre a la vocación de servicio, que leyendo el destino genera obras que regala a la ciudad. Sabe del bien común. Permanece en la obra porque ama lo que hace. Se ocupa del ocio creativo porque cultiva la observación, vive el presente».

Cada vez que doy el paso sobre el peldaño de piedra de la puerta de Matta 12, recuerdo el distingo entre el ocio y el ocio creativo.

Patricio Cárvaves Silva